

Carta abierta a los mecenas anónimos

Por Martín Zubiría (*)



Más de setecientas personas concurrieron al Independencia para el estreno de la ópera barroca Céfalos y Procris.

Muy señores míos: seguramente a quien vive allá en el centro de Europa, en una ciudad como Basilea, mimada como pocas, desde hace siglos, por la civilización y la cultura, le será difícil imaginar cuánto valoramos, cuánto agradecemos, cuánto bien nos hace, también a nosotros, los habitantes de este oasis andino, poblado de olivares, de álamos y viñedos por el tesón de nuestros mayores, el haber podido asistir en estos días, de manera gratuita, a una velada musical por muchos conceptos memorable. Me refiero a la función de ópera que, en calidad de estreno continental, nos ha ofrecido, con un elenco artístico de excepción, una personalidad musical tan distinguida como la Sra. Daniela Dolci, en el teatro Independencia de esta ciudad de Mendoza. Si fueron muy grandes nuestras expectativas antes del

espectáculo, ellas se vieron satisfechas con holgura. Tanto, que si ahora cedo al impulso de escribir esta carta es porque fui uno de aquellos centenares de espectadores que aplaudieron de pie, en el teatro colmado -hubo muchas personas que no pudieron ingresar a la sala-, una representación musical tan fuera de lo común, que de ella darán cuenta un día los anales de nuestra vida cultural. Para nosotros ha sido un acontecimiento literalmente memorable: haber podido contemplar con nuestros ojos -muchos, por primera vez en la vida- una "ópera barroca", puesta en escena con la solvencia profesional -aquí cabe mencionar la mano diestra y sensible del responsable de la "reggie", el contrateno Sergio Pelacani- y con los recursos específicos que esta clase de obras exige: instrumentos barrocos, cantantes con una voz cuidadosamente educada para este estilo (¡tan diferente del "bel canto"!), bailarines dóciles para la ejecución de pasos y movimientos algo inverosímiles, un vestuario y una escenografía que respondan de manera condigna al espíritu de la música, en un conjunto que halaga por igual los ojos y los oídos, el corazón y la inteligencia.

No puedo ocultar que nos ha henchido de un comprensible orgullo, a quienes amamos estas cosas como ellas merecen, no como un mero adorno, sino como algo por lo que también vale la pena vivir, ver cómo los primeros cantantes -la soprano Graciela Oddone, de Buenos Aires, y el tenor Gonzalo Cuadra Balagna, de Santiago de Chile, cuyas voces cautivaron sin reservas al auditorio absorto- fueron secundados con singular competencia por músicos mendocinos, que desde hace largos años se consagran a la tarea, tan umbrátil como maravillosa, de rescatar del olvido los tesoros inagotables de la "música antigua", empeñados en la quijotesca empresa de amparar, por así decir, contra el imperio brutal del desenfado posmoderno, de los gritos, de los ruidos, de los parlantes, de las oposiciones crudas enemigas de todo matiz, la luz de una llama que no puede, que no debe morir: la del arte que "no se vende". Y he aquí que estos músicos nuestros se ven obligados a realizar su labor en las condiciones más precarias: no sólo sin el menor apoyo "concreto" de los responsables oficiales de administrar la "cultura", sino incluso contra sus políticas aplanadoras de cuanto pretenda alzarse por sobre el límite, cada vez más bajo, de lo que consideran razonable; ese límite impuesto por la dictadura de los medios que dicen: sólo importa "lo actual", "sólo el rock", "sólo el deporte", "sólo la política", "sólo las noticias".

Más de setecientas personas concurrieron al teatro Independencia, en el día del estreno, para ver una ópera barroca... Las entradas se agotaron en el curso de una mañana. Y otro tanto ocurrió con las de la función prevista para el día siguiente. Ha sido tan enorme el interés despertado por esta

ópera, que los artistas, ellos mismos llenos de asombro y de gozo, no han vacilado en ofrecer una tercera representación, cuyas entradas también se agotaron en un abrir y cerrar de ojos. Esto no es habitual entre nosotros. Pero no porque no haya un público seriamente interesado en asistir a este género de espectáculos, sino sencillamente porque se lo tiene ayuno de ellos. Es verdad -así, al menos, reza el latiguillo que esgrimen quienes administran los dineros públicos- que nuestros medios son escasos (para unas cosas..., para otras no), y es verdad también que una función gratuita resulta accesible para muchos, pero no es menos cierto que se comete un abuso vergonzoso contra la ciudadanía en general cuando algunas autoridades irresponsables, gentes de letras gordas y de poca sindéresis, creen que la promoción de la cultura se reduce a dos cosas: considerar inexistente cuanto no sea "latinoamericano" y fomentar el folclore "de proyección"...

No necesito explicar a Uds., beneméritos señores, mis mecenas anónimos de la ciudad de Basilea, que la "ópera barroca" es un género artístico particularmente complejo, donde el decoro impone normas férreas, donde toda palabra, gesto o movimiento propio de la vida cotidiana, todo "naturalismo", es rechazado como una vulgaridad fuera de lugar, donde hay que respetar, además del lenguaje simbólico, una larga serie de convenciones que en nuestro tiempo, cada vez más ignorante de lo que significa en el trato humano la decencia y la "distancia", pueden resultar extrañas, artificiosas, almidonadas (de ello se quejó en su tiempo en forma atronadora un compatriota de Uds., el ginebrino Rousseau, y dio origen a una nueva Época de nuestra historia). De allí que no es posible apreciar debidamente esta clase de obras si uno ignora, como ocurre con frecuencia entre nosotros, muchas nociones indispensables acerca de la música y de la historia del arte en general. Pero para nuestra dicha Uds. han creído que ese saber no es absolutamente indispensable y han preferido mantenerse aferrados al principio elemental de que al público, cuando de la cultura se trata, hay que ofrecerle siempre lo mejor y lo más alto en su género, siempre lo sustancioso que nutre, en lugar de lo trivial que "divierte", siempre, ante todo, aquellas obras hechas para vivir eternamente en el aprecio y en la memoria de los hombres. Es así como Uds., que poco sabrán de nosotros en aquellas lejanías septentrionales donde viven, se han negado de plano a menospreciarnos, a considerarnos "incapaces" de entender una ópera barroca, no han admitido el juicio vulgar de quienes afirman, con una mueca de suficiencia, que estas cosas son "muy difíciles" y que "a nadie le interesan". Uds. saben que es una necesidad infinita eso de pensar -y son muchos los que lo hacen, también entre nosotros- que al pueblo basta con darle "pan y circo." Uds. han creído, de un modo que me resulta sencillamente "emocionante", en la sensibilidad, en la capacidad de admiración, en el espíritu de muchos centenares de mendocinos (en cuyo nombre escribo a Uds. esta carta, no porque me asista mérito o derecho alguno para hacerlo, sino movido por un sentimiento de gratitud que jamás creeré que es sólo mío), y con un infalible sentido del buen gusto han confiado en el superior talento artístico de la Sra. Angela Dolci para apoyar una realización cultural que, de no haber sido así, jamás habríamos podido apreciar en estas latitudes. Y al decir esto pienso no sólo en el bulto de los gastos, que han sido seguramente considerables, sino, aunque sienta vergüenza ajena al decirlo, en la mentalidad ramplona de más de un funcionario, de más de un político, de más de una autoridad "académica"... Pero creo que más emocionante aún fue la respuesta inmediata y calurosa de tantos conciudadanos, de tantos y tantos jóvenes entre ellos, que, aun sin saber a ciencia cierta qué es eso del "barroco", sedientos de cultura verdadera, hicieron largas colas para asistir a la representación, en francés (!), de "Céfalo y Procris", una tragedia lírica compuesta por una mujer genial, curiosamente olvidada a pesar de haber sido admirada en su tiempo por el mismísimo "Rey Sol": Elisabeth-Claude Jacquet de la Guerre. Y emocionante, por fin, ver cómo, cuando cayó el telón, una salva de aplausos resonó de manera interminable en honor de los artistas todos, que, con un talento profesional incontestable nos hicieron participar, a quienes llenábamos la platea, la tertulia y hasta los últimos bancos del paraíso, de una verdadera fiesta. ¿Quién podrá callar ahora acerca de lo que vio y oyó?

Por este inmerecido obsequio con que se nos ha honrado de manera tan reconfortante me es grato enviar a Uds., señores mecenas anónimos de la ilustre ciudad de Basilea, allá junto a las aguas del Rin y las montañas del Jura, desde una tierra al pie de los Andes australes que no querríamos cambiar por ninguna otra y cuya fama va extendiéndose ahora por el orbe con el mismo ritmo febril que sus viñedos, el sentimiento de nuestra más viva gratitud.

(*) Por Martín Zubiría - Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo